

411
L. 404.2.19

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA

RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ

por

EDUARDO CASANOVA



BUENOS AIRES
AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN
1950

de J. J. J. J. J.

FL704-2-19

938.4
0352

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA

RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ



por

EDUARDO CASANOVA



BUENOS AIRES
AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN
1950



Medallón de M. Ambrosetti
Creador de la Estadística Argentina

1. — FINALIDAD DE ESTE FOLLETO

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ha tomado a su cargo la restauración del viejo pueblo indígena conocido con el nombre de Pucará de Tilcara.

Al iniciarse los estudios destinados a dar cumplimiento a este antiguo proyecto, hemos considerado interesante divulgar, por intermedio de un folleto, las características de la ruina prehispánica, su estado actual y los resultados obtenidos en los trabajos arqueológicos. A la vez se presentan los fundamentos y planes generales que se seguirán para llevar a cabo la reconstrucción, primera de su tipo que se efectuará en nuestro país. La restauración del Pucará de Tilcara será completada con la instalación de un Museo Arqueológico y la creación de un centro de investigaciones científicas regionales en la importante zona de la quebrada de Humahuaca.

Si estos proyectos pueden hacerse efectivos en su totalidad, la obra de la Facultad de Filosofía y Letras tendrá un profundo significado, tanto para el especialista como para el profano y atraerá el interés de todos hacia aquella lejana región de la provincia de Jujuy.

El título de este folleto es un acto de homenaje a la memoria del Dr. Salvador Debenedetti, que fuera Director del Museo Etnográfico y profesor de Arqueología Americana de la Facultad de Filosofía y Letras, quien, en 1910, concibió la posibilidad de la reconstrucción del Pucará de Tilcara y luchó tenazmente por obtener los medios materiales para convertir sus proyectos en realidad.

Sin perder el ánimo por la falta de resultados de las gestiones que hiciera durante muchos años, en 1929 publicó su breve trabajo "RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ", capítulo de una obra, entonces en preparación, cuya primera parte apareció al año siguiente, en los mismos días en que se producía el lamentado fallecimiento del distinguido arqueólogo.

Su último alegato cayó también en el vacío, pero hoy que sus propósitos están en vías de realizarse hemos querido revivir, una vez más, el recuerdo de nuestro maestro dando a este folleto el mismo título que él diera al suyo.

2. — LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

En el norte de la Argentina, cercana a la frontera con Bolivia y como para facilitar las comunicaciones entre las repúblicas hermanas, se extiende la quebrada de Humahuaca en el corazón de la provincia de Jujuy.

Su aspecto, similar al de todas las quebradas nortenas, es el de un angosto valle limitado por montañas que a veces amenazan unirse apretando la quebrada, y otras, alejando sus moles a dos o tres kilómetros, permiten la formación de verdaderos oasis que el hombre ocupó desde las épocas prehistóricas.

Cadenas muy elevadas, entre ellas la de Humahuaca, aíslan la zona quebradeña del altiplano puneño, al que sólo puede llegarse a través de quebradas transversales como la de Purmamarca. Hacia el este otra serie de macizos, entre los cuales se destaca el de Zenta, separan esta región de la de Valle Grande y de las tierras más bajas que van a servir de escalón intermedio con las llanuras chaqueñas. Muy marcado es, también, el desnivel entre la zona de Ojo de Agua o Llulluchayoc, donde en el norte se inicia la quebrada, a unos 3.500 metros sobre el nivel del mar y el límite sur de la misma, cerca de la ciudad de Jujuy, a poco más de 1.200 metros de altura.

Esta diferencia trae consecuencias muy importantes en lo relativo a los tipos de clima y vegetación. El extremo meridional de la quebrada goza de un clima subtropical, presentando bosques y praderas; la parte central —entre Volcán y Humahuaca— tiene veranos templados y lluviosos e inviernos frescos y secos, con una vegetación que disminuye de sur a norte, pero cuya característica constante es el majestuoso cardón; en el extremo norte el clima se semeja al de la Puna con inviernos duros y es casi absoluta la carencia de vida vegetal.

A todo lo largo de la quebrada de Humahuaca, que tiene un rumbo general de norte a sur y una extensión de unos 170 kilómetros, descendiendo el río Grande de Jujuy, de escaso caudal y manso aspecto en los meses de invierno, pero que al despertar en la época estival se transforma en impetuoso torrente, entonces sus aguas arrastran enormes pedrones que obran como poderosos arietes destrozando caminos y vías férreas.

Después de recibir innumerables arroyos que se abren paso entre las montañas, el río Grande llega al final de la quebrada y cambiando de nombre, dirección y características, se convierte

en un río de llanura cuyas aguas van a engrosar las del Bermejo, del sistema del Plata, sirviendo de mensajeras entre las altas tierras del extremo norte y las fértiles llanuras del litoral.

El atractivo ambiente geográfico de la quebrada y su posición estratégica han hecho de ella un lugar predilecto para la instalación humana de todos los tiempos.

Las investigaciones arqueológicas han revelado que en la época prehistórica numerosos pueblos indígenas se escalonaban a la vera del río y en las quebradas laterales. Todavía hoy es dable apreciar y constituye un motivo de atracción para los viajeros las ruinas de fortificaciones, viviendas, corrales, andenes y acequias que nos hablan del lejano pasado.

Entre el medio centenar de yacimientos conocidos, se destacan: Hornillos en las cercanías de Maimará; Alfarcito, Huichairas y Pucará de Tilcara, a corta distancia del pueblo de ese nombre; La Isla y Angosto Chico en los faldeos de las montañas; Perchel, Campo Morado, Yacoraité y Calte en enhiestos cerros que dominan el cauce del río Grande; Juella, La Huerta y los Amarillos en quebradas transversales; Peñas Blancas frente al pueblo de Humahuaca y Coctaca, cuyos inmensos andenes de cultivo se extienden al oriente de la gran quebrada.

En el siglo XVI, los conquistadores españoles, no sin ardua lucha, vencieron a las valientes tribus humahuacas y obtuvieron mercedes del Rey que los hicieron dueños de sus tierras. Los viejos pueblos fueron abandonados y los indígenas repartidos en encomiendas se vieron forzados a aceptar el nuevo estado de cosas. Por encima de la violencia propia de toda guerra, la conquista espiritual, llevada a cabo por abnegados misioneros, puso su nota de paz y atrajo a la raza vencida al unirle con la vencedora bajo el signo redentor de la cruz.

Durante más de doscientos años, en la tranquilidad de los tiempos coloniales, la Quebrada vió acrecentar su población y pasar las arrias de mulas que de las provincias abajeñas llevaban sus productos a las ricas minas del Alto Perú, trayendo en cambio las mercaderías que, por desviado camino, llegaban desde la madre patria. Son de esta época las iglesias que el fervor religioso adornó con bellas tallas en madera, cuadros de la escuela del Cuzco e imágenes de santos con facciones de indios; reliquias de esta clase pueden observarse en los templos de Senador Pérez y Humahuaca.

Reviven otra vez los tiempos heroicos en la primera parte

del siglo pasado, cuando la patria llama a sus hijos a la lucha por la independencia. La quebrada de Humahuaca es entonces escenario de épicos acontecimientos que no han tenido aún el poeta que cantara sus méritos.

Durante más de diez años los combates fueron continuos y los quebradeños sirvieron abnegadamente en los ejércitos de Balcarce, Pueyrredón y Belgrano, para seguir luego la heroica lucha de guerrillas que impidió el avance realista.

El magnífico monumento a la Independencia ubicado en el pueblo de Humahuaca, obra maestra del escultor Ernesto Soto Avendaño, testimonia el glorioso pasado. Múltiples episodios de esa gesta han llegado a nuestros días a través de fuentes documentales o tradicionales que relatan la estada de Belgrano en la casa histórica de Hornillos o en la torre de Santa Bárbara en Humahuaca; la retirada de Pueyrredón con las cargas de plata de Potosí, parte de las cuales, según la leyenda, todavía se hallan ocultas en la quebrada; los combates desiguales de las guerrillas de Arias y Álvarez Prado y mil hazañas más cuyo recuerdo guardan celosamente los acantilados y peñas de la región.

La quebrada de Humahuaca en la actualidad es también tierra de un atractivo infinito. El ferrocarril y el automotor han substituído, en gran parte, a los medios de transporte típicos de épocas pretéritas, pero no es raro cruzarse con una recua de burritos que traen la sal de la Puna, con un grupo de vallistas jinetes en briosas mulas y hasta, en el norte, con una tropa de llamas de enhiestas orejas que pasan majestuosas contemplando los lejanos picachos.

La vida económica se ha intensificado y los productos quebradeños no sólo satisfacen las necesidades de la zona, sino que llegan a lejanas regiones del país donde son bien conocidos y apreciados; así pasa con las peras de Maimará, las manzanas y tomates de Tilcara, los cueritos de karakul de Huacalera y los tejidos de Humahuaca.

Tal es la quebrada de Humahuaca, rico repositorio para el arqueólogo y el historiador, vasto escenario para las actividades económicas que se acrecientan día a día y magnífico lugar de descanso para quienes quieren acercarse a la naturaleza.

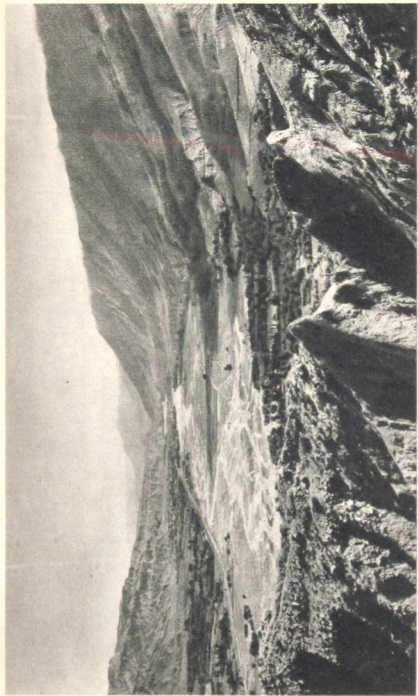
3. — EL PUCARÁ DE TILCARA

El Pucará de Tilcara está ubicado en la zona central de la quebrada de Humahuaca. *Pucara* es una palabra quechua que en nuestro noroeste se ha generalizado bajo la forma *pucará* y que significa fortaleza o sea todo lugar poblado que presenta defensas militares. A lo largo de la quebrada existen numerosos pucarás, pero es tanta la importancia y fama del de Tilcara que, para los habitantes de la región, basta decir "el Pucará" para individualizarlo debidamente.

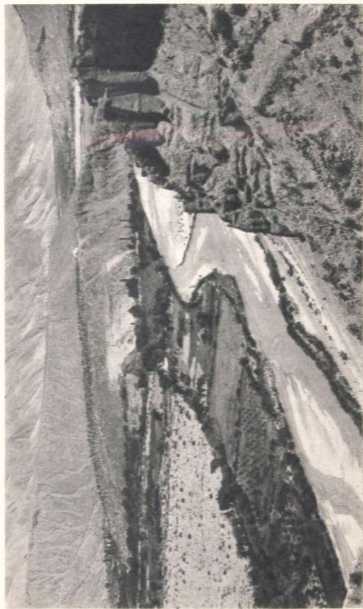
El Pucará se encuentra situado en un montículo que, según los cálculos de Debenedetti, alcanza una altura máxima de 70 metros sobre el nivel de la quebrada y tiene una superficie de unas quince hectáreas. Se alza junto a la margen izquierda del río Grande que limita sus faldos occidentales, a los cuales, en las épocas de creciente, bate con violencia provocando desmoronamientos que han formado verdaderos acantilados. Por el norte el gran cono de deyección del río Guasamayo, cuyo nivel aumenta año tras año y que presenta un aspecto caótico con sus piedras multicolores roídas por la erosión, lo separa del pueblo de Tilcara, del cual dista unos dos kilómetros. Un pequeño valle, de tierras cultivables, lo rodea en sus otros rumbos, levantándose más allá cerros desnudos.

El Pucará se halla en un cruce de caminos: la quebrada de Humahuaca lleva por el sur a las ricas tierras bajas de los valles jujeños y por el norte a las desoladas zonas del altiplano; hacia el oeste, la quebrada de Huichairas marca también una ruta de penetración hacia la Puna, mientras que, por oriente, el Guasamayo indica el principio del camino que, luego de traspasar varias cadenas de montañas, permite alcanzar el Valle Grande y después las llanuras chaqueñas.

El aspecto del Pucará varía mucho según la posición en que se coloque el observador. Llegando a Tilcara por el camino o la vía férrea que une Jujuy con la Quiaca su mole ha sido comparada, con toda justicia, a una enorme ballena varada en la playa, sobre cuyo cuerpo se destacan, cual si fueran arpones, centenares de cardones. Desde la playa del río Grande, los acantilados parecen más altos y ofrecen la seguridad de que por allí es inútil intentar escalarlos. En cambio, desde el Guasamayo, el Pucará aparece como emergiendo en una depresión



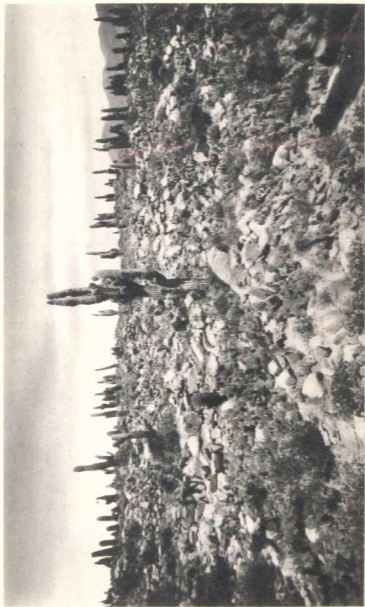
Aspecto general de la quebrada de Humahuaca, vista desde las cercanías del Pucará de Tilcara hacia el norte.



El Pucará de Tilcara desde el N. O. En su cima, el monumento a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti.



El Pucará de Tilcara desde el oriente. En sus faldeos se observan las pircas y los caminos prehispánicos.



Aspecto general de las ruinas del Pucará de Tilcara en uno de los sectores más destruidos.

y sus laderas, de suave inclinación, incitan a visitarlas. Por doquier murallas y paredes semi-derruidas, cubiertas de pencas y matizadas de cardones, prueban que allí vivió, en tiempos lejanos, un pueblo de cultura bastante elevada.

La primera sensación que se tiene al recorrer el Pucará, salvo en la pequeña parte cuyas pircas fueron parcialmente levantadas en 1910, es la de que se halla uno perdido en un laberinto, resultando imposible encontrar un camino entre las paredes caídas que parecen todas iguales y se hallan defendidas por las agudas espinas de pencas y cardones dispuestas a castigar a los imprudentes.

Poco a poco se va entrando en confianza y se aprende a distinguir los borrados caminos, las antiguas viviendas, las obras defensivas, los morros que sirvieron de atalayas y los corrales de llamas. El espíritu se siente penetrado por el pasado y la emoción evocativa va ganando al visitante que es transportado al momento en que bullía la vida en el Pucará y resonaban en el amplio escenario de la quebrada los mil ecos del trajín diario de sus pobladores.

En su época de apogeo el Pucará estaba servido por una buena red de caminos. Las grandes arterias circundaban el cerro en sus partes accesibles o lo cruzaban dividiéndolo en zonas. Con un ancho de hasta cuatro metros, pero generalmente mucho menor, salvaban los múltiples obstáculos de la accidentada topografía, constituyendo, a veces, verdaderas murallas construidas a fin de nivelar terrazas y facilitar el aprovechamiento del suelo para levantar viviendas. Pequeños senderos completaban el sistema que llegaba a todos los rincones del pueblo.

En ciertos lugares, los caminos conducen a espacios abiertos que debieron ser como plazoletas o lugares de reunión al aire libre. La técnica de construcción es simple, se alzaban dos paredes de pirca y el espacio entre ambas, relleno por piedras pequeñas y material más fino, formaban el camino que serpenteaba entre los núcleos de casas.

El Pucará fué un lugar de refugio al que se acogían los pobladores en caso de ataque, lo escarpado de una parte de sus laderas era suficiente defensa para sus habitantes, pero hacia la zona nordeste, de suave pendiente, tuvieron necesidad de completar la obra de la naturaleza construyendo gruesas murallas que dificultaran el paso de los invasores. Restos de estos pa-

redones se mantienen aún en pie, destacándose un grueso muro, de grandes piedras en su base y rodados menores más arriba, que tiene dos metros de altura. Por su posición dominante, parece aislar una terraza de otra más baja, de manera que, perdido el primer escalón, la defensa pudiera seguirse con éxito en la segunda terraza.

Relacionados con el valor militar del Pucará se hallan los morros que fueron utilizados como atalayas. Se trata de lugares elevados que por su constitución se prestaban para que desde ellos pudiera escudriñarse el horizonte. Existen quizá media docena que gozan de posición estratégica admirable, pero el más importante se encuentra en la cima del Pucará, en una zona donde sólo hay grandes pedrones y donde no aparecen restos de vivienda u otras construcciones que pudieran impedir una visión completa. Desde allí, los vigías indígenas dominaban gran parte de la quebrada, sobre todo hacia el norte donde alcanza a divisarse el Perchel, en cuyas cimas hay otro Pucará con el cual debió ser fácil cambiar señales. Al oeste y sólo separado por el cauce del río Grande se levanta el Pucará de Huichairas y más allá la quebrada del mismo nombre permite vigilar los accesos de la Puna. Estos morros debieron ser ocupados constantemente y servir para transmitir las señales de alarma que harían concentrar en la zona defendida a los pobladores, los cuales, generalmente, estarían desparramados por los campos de cultivo.

En los faldeos del sudoeste, en una meseta baja, están los corrales para las llamas; son grandes construcciones rectangulares cuyas paredes tienen escasa altura y que, seguramente, en la época en que estuvieron en uso no pasaban del metro. Un camino secundario lleva hasta la gran arteria de circunvalación y de allí se estaba a un paso del río Grande donde podía abrevarse el ganado.

Los núcleos más importantes y numerosos de las construcciones del Pucará fueron los dedicados a habitaciones de los indígenas. La falta de un relevamiento adecuado impide conocer la cantidad de casas, pero no es arriesgado calcular un mínimo de 200 unidades de vivienda claramente identificables y, sin duda, al procederse a la restauración se descubrirán otras más.

Las paredes son de cantos rodados, de los cuales el Guasamayo contiene reservas inagotables, sin cemento alguno de

unión, por lo que se requería gran habilidad para conseguir muros sólidos mediante la elección de las piedras y un buen ajuste que las mantenga en su lugar en razón de su propio peso. Excepcionalmente, se observan, en ángulos de viviendas o marcando las aberturas de acceso, piedras canteadas.

La forma típica de las casas es la rectangular, existiendo cuadradas, y un solo ejemplo de construcción semi-elíptica; ésta llamó tanto la atención que Ambrosetti la denominó "La casa primitiva". Las dimensiones varían mucho en los ejemplos extremos, pero su término medio es alrededor de 16 m². Hay que señalar que algunos recintos muy grandes, de hasta 10 x 15 metros fueron canchones o patios y otros muy pequeños, que no alcanzan a 4 m²., debieron ser dependencias accesorias.

Las casas están compuestas de una sola habitación o de varias y a menudo cuentan con un patio y con dependencias. Uno de los conjuntos más interesantes es el bautizado con el nombre de "La iglesia", con una superficie de unos 200 m². Consta de un gran patio, al nivel de un camino por el cual era posible la entrada; dos puertas comunican con una habitación de 9 m². y con un gran recinto de 80 m².; en este último se halló un pequeño nicho en la pared sur, una especie de altar o mesa de piedra y un camino enlajado que llevaba desde ésta a la puerta de acceso de una habitación interior de 15 m².

Seguramente las ruinas de esta verdadera ciudad indígena, situada a tan corta distancia de un pueblo como Tilcara, desde el cual el acceso es sumamente fácil, han debido llamar la atención desde tiempos muy remotos.

La primera cita en una publicación de carácter arqueológico recién aparece en la conocida obra del reputado investigador sueco Eric Boman, quien habría visitado el lugar en su viaje de 1903. Debido a que su paso por la quebrada de Humahuaca fué muy rápido, no pudo apreciar la gran importancia del yacimiento y se limita a indicar la existencia de antiguas construcciones.

El mismo año en que se publicaba en París el libro de Boman, se realizaba el descubrimiento real del Pucará en cuanto a su significado y valoración como yacimiento arqueológico. El mérito corresponde al Dr. Juan B. Ambrosetti, primer Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, infatigable explorador del territorio argentino

y autor de numerosas monografías fundamentales para el conocimiento de nuestro pasado prehistórico.

A principios de 1908 la IV Expedición arqueológica establecía sus bases en Tilcara e iniciaba la ardua tarea de reconocimiento primero, de investigación más tarde. Dos nuevos viajes consecutivos en los años siguientes permitieron, sin agotar el yacimiento, arrancarle millares de piezas y registrar prolijas observaciones.

Junto a la figura insigne de Ambrosetti, se destaca la de su discípulo y continuador el Dr. Salvador Debenedetti, quien trabajó a su lado con el entusiasmo de los años mozos y que, desaparecido el maestro, dedicó preferente atención a la arqueología de la zona humahuaca, cuyos principales yacimientos estudió.

Durante sus viajes a la quebrada, Debenedetti no dejó de visitar al Pucará y en 1929, decidido a publicar una monografía exhaustiva sobre las ruinas, organizó una nueva excursión y en los meses de verano efectuó investigaciones complementarias. Fué en esta oportunidad que tuvimos la satisfacción de colaborar en sus trabajos y conocer el Pucará.

Resultado de sus afanes fué, en 1930, el libro "Las ruinas del Pucará". Tilcara. Quebrada de Humahuaca. (Provincia de Jujuy), primera parte de la extensa obra que se proponía realizar. Desgraciadamente su prematura muerte, acaecida ese año, truncó éste y otros muchos proyectos de gran trascendencia.

Desde los primeros viajes, la importancia y riqueza del Pucará fué conocida en los ambientes científicos, turísticos y hasta, lamentablemente, en los del comercio de antigüedades. La imposibilidad de un control facilitó la explotación clandestina, muchas tumbas fueron violadas y en la actualidad el yacimiento ha sido tan revuelto que sólo el metódico trabajo de una restauración completa puede señalar los lugares que aún no hayan sido tocados.

Durante las intensas campañas de 1908, 1909 y 1910, así como en las complementarias posteriores, entre las cuales la de mayor importancia fué la de 1929, las expediciones del Museo Etnográfico llevaron a cabo una ardua tarea, pudiéndose afirmar que el Pucará es una de las ruinas indígenas mejor estudiadas del país.

Los hallazgos se hicieron en su casi totalidad en las tum-

bas y aunque se descubrió un cementerio en el faldeo sudeste, la mayor parte de las inhumaciones se habían hecho dentro de las viviendas. Tanto en la necrópolis como en las habitaciones, los entierros se presentan en dos formas: sepulturas y sepulcros; las primeras son simples hoyos rectangulares en los que se ha depositado el cadáver y su ajuar fúnebre, rellenando luego con tierra; los sepulcros son construcciones cuadradas o redondas de paredes de piedra y tapados con grandes lajas.

Las inhumaciones son más frecuentes en los ángulos de las viviendas aprovechando sus mismos muros, pero se comprobaron casos de sepulcros adosados a una de las paredes o completamente independientes de ellas. La profundidad a que aparece el nivel superior de los entierros rara vez sobrepasa un metro y las dimensiones de los sepulcros, aunque bastante variables, oscilan como término medio de 0.80 a 1.20 metros de lado o diámetro y una altura algo mayor.

A veces, las tumbas contienen los restos de un solo individuo, pero son muchas las colectivas que pueden considerarse como verdaderos panteones familiares. La posición de los cadáveres es, generalmente, la llamada "en cuclillas", con brazos y piernas flexionadas sobre el cuerpo. Los párvulos han sido, frecuentemente, depositados en urnas de barro cocido y éstas acompañan a los adultos en sepulcros y sepulturas.

Un ajuar fúnebre cuyo número de piezas y calidad indica la categoría del muerto se encuentra dispuesto a su alrededor; a título de ejemplo transcribimos uno de los inventarios publicados por Debenedettti y que figura entre los más interesantes por su variedad y riqueza. "71. El siguiente ajuar fúnebre acompañaba a este conjunto de inhumados: un fragmento de martillo y un cilindro, ambos de piedra; cuarenta y dos platos, de los cuales diez y ocho decorados y cuatro de estilo pomeño; varios fragmentos de útiles de hueso y madera; dos cinceles de bronce; un disco de plata y un vaso, también de plata, con una cara humana repujada".

Los materiales, según su consistencia y las condiciones del terreno han sufrido más o menos intensamente la acción del tiempo; su cuidadosa extracción y conservación es una de las tareas de mayor responsabilidad. La piedra ha permanecido inalterable; el hueso y la cerámica, salvo exceso de humedad o salitre, se mantienen bien; en cambio, el metal y sobre todo la madera, son los que menos han resistido y no es raro que

para sacar una pieza de este último material se tenga necesidad de recurrir a procedimientos de limpieza y endurecimiento.

En el Museo Etnográfico han ingresado como producto de la empeñosa búsqueda 3.000 ejemplares del Pucará y si a ellos se agregan los existentes en otros museos y los que fueron sacados subrepticamente y han ido a engrosar las colecciones particulares o han salido del país, no es exagerado afirmar que el yacimiento ha proporcionado más de 5.000 piezas.

Predominan los vasos de barro cocido que suelen constituir hasta el 90 % de los ajuares y rara vez menos del 50 %. Las formas comunes incluyen: platos y pucos, que pueden presentar asas; jarros; calceiformes; timbales; ollas globulares y grandes cántaros. Excepcionalmente se encuentra cerámica con decoración incisa, de carácter geométrico, generalmente dispuesta en la zona cercana a los bordes. La decoración característica es la pintada en negro, que resalta sobre el fondo rojo de la arcilla cocida o del engobe de ese color que cubre los vasos; en mucho menor cantidad aparecen dibujos en rojo y blanco. Los motivos son muy variados, pero entre los frecuentes figuran: el reticulado, que forma diversas figuras; los triángulos, tanto aislados como dispuestos uno a continuación de otro como gallardetes; las espirales; el escaque, etc. El indígena no pintó en sus vasos hombres o animales, pero modeló escasas alfarerías dándoles aspecto zoomorfo y representó en relieve, caras humanas.

Además de estas cerámicas que fueron propias del pueblo Humahuaca se han encontrado en el Pucará piezas exóticas. Merecen especial mención las de procedencia incaica; se trata de aríbalos, uno de los cuales es comparable a los mejores del Cuzco y de platos cuya asa figura una cabeza de pato. Igualmente se destaca un ejemplar con decoración típicamente santamariana.

En piedra, el Pucará ha dado: palas redondeadas y azadones de filo recto; morteros de variados tamaños con sus correspondientes manos y molinos planos, compuestos de una piedra lisa y una barreta cilíndrica o una piedra redondeada; mazas redondas o estrelladas muy bien pulidas; martillos y pequeños instrumentos; hachas, con garganta incompleta o sin ella; puntas de flecha, cuidadosamente retocadas; vasitos chatos;

cuentas de collares, en malaquita y lapislázuli; diminutas figuras de llamas; silbatos y una magnífica flauta de Pan.

A pesar de que no son muchos los objetos de madera, poco más de un centenar y buena parte reducida a simples fragmentos, son muy interesantes y entre ellos figuran ejemplares muy valiosos. Los comunes son: cuchillones, palas, horquetas, torteros, husos, palas de telar y astiles de flechas. Entre los importantes están las llamadas "tabletas de ofrendas" y los tubos que las acompañan. Las primeras son piezas rectangulares u ovaladas y presentan una concavidad que las hace semejar a platitos. En la parte superior se han tallado, con gran habilidad técnica y extraordinario concepto artístico, figuras antropo y zoomorfas; unas veces son hombres sentados, otras figuras de felinos. Los tubos, de veinte a treinta centímetros de largo, pero de los que a menudo sólo se conserva parte, contienen espinas de cardón y los tallados hacen juego con los de sus respectivas tabletas. Estas piezas aparecen no sólo en los yacimientos de la quebrada sino en muchos del noroeste argentino y fuera de nuestro territorio en Atacama y Bolivia.

No siendo posible detallar, siquiera brevemente, los objetos de hueso, metal y otros materiales que se han extraído de las tumbas del Pucará, nos limitaremos a decir que los primeros son abundantes y entre ellos figuran: punzones, espátulas, topos, peines, cucharas, horquetas, tubos y cornetas. En oro se hacen notar: un espléndido disco con dos serpientes repujadas y varias campanillas de bordes plegados; en plata, un vaso con una cara humana en relieve; en bronce: instrumentos, armas y adornos. Para dar una idea de los materiales del Pucará hemos ilustrado este folleto con algunas láminas en las que se muestran ejemplares representativos.

La intensa tarea de investigación que llevaron a cabo los ilustres arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti en la quebrada de Humahuaca, enriqueció a nuestro Museo con millares de piezas extraídas de las ruinas y dió los elementos básicos para el conocimiento de la cultura de los indígenas. Desaparecidos los maestros, sus nombres y su obra han quedado por siempre ligados a aquellas tierras norteañas. El reconocimiento de sus altos méritos, que han dado motivo a tantos y tan justificados homenajes, ha sido fijado en la placa recordatoria que ostenta el monumento que a su memoria fué erigido en lo más alto del Pucará de Tilcara.

En 1935, una Comisión de Homenaje, que tuvimos el honor de presidir y que contó con el apoyo de entidades oficiales, instituciones científicas, colegas, amigos y ex-alumnos, costeó, mediante suscripción privada, la construcción de la pirámide que hoy destaca sus elegantes líneas bajo el cielo purísimo de la quebrada. Diez años más tarde, en lucida ceremonia, se inauguraban las obras complementarias y se descubría la nueva placa de bronce, cuya leyenda, sintetizando el juicio de la posteridad, consigna:

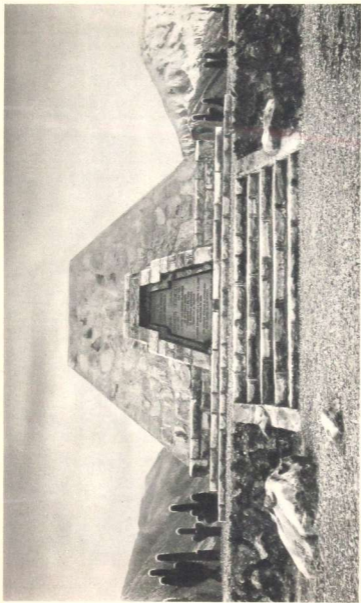
LA PROVINCIA DE JUJUY
Y LA
COMISIÓN DE HOMENAJE
A LOS ARQUEÓLOGOS

JUAN B.
AMBROSETTI
1865-1917

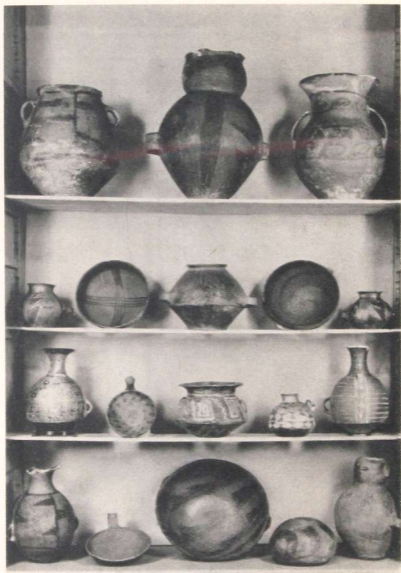
SALVADOR
DEBENEDETTI
1884-1930

DE ENTRE LAS CENIZAS MILENARIAS
DE UN PUEBLO MUERTO
EXHUMARON LAS CULTURAS
DE NUESTROS ABORÍGENES
DANDO ECO AL SILENCIO

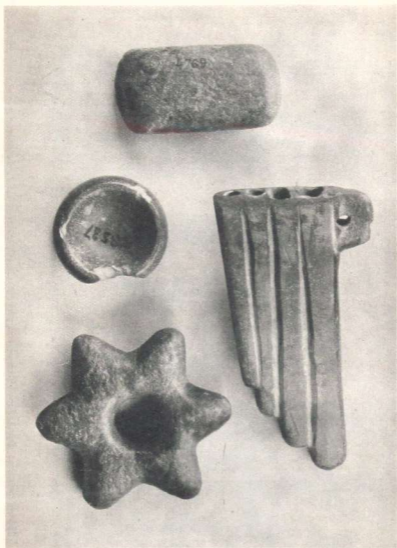
EL MUSEO ETNOGRÁFICO, LA CÁTEDRA Y EL LIBRO
RESUMIERON SU OBRA
SUS NOMBRES VIVEN EN EL EXTRANJERO
EN SU PATRIA SE LOS RESPETA.



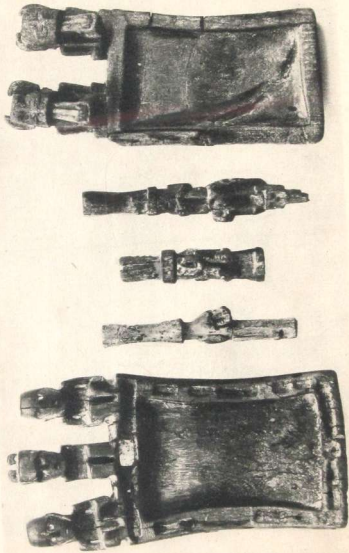
Monumento a los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti, erigido en la cima del Pucará.



Pucará. Vasos de barro cocido con decoración geométrica pintada en negro.
En el tercer estante, cerámica exótica.



Pucará. Objetos de piedra. Hacha de filo pulido, pequeño mortero, cabeza de maza con puntas y flauta con cuatro agujeros.



Pucará. Tabletas y tubos de madera dura con representaciones talladas de carácter zoológico y antropomorfo.

4. — LA CULTURA INDÍGENA

Los pobladores del Pucará de Tilcara fueron una de las tribus de los Humahuacas, indígenas que en el momento de la conquista española ocupaban la quebrada así llamada y tierras aledañas. Posiblemente el nombre correspondía, primitivamente, a los habitantes de la zona del actual pueblo de Humahuaca y cada una de las otras parcialidades tenía su denominación propia, como Purumamarca, Fiscaras, Ocloyas, etc.; más tarde, los autores han usado el término Humahuaca para referirse al conjunto de indígenas de la región que tenían una misma cultura. Entre las diversas interpretaciones que se han hecho del vocablo Humahuaca aceptamos como la más acertada la que lo considera kichua y lo traduce como "cabeza de tesoro".

Las intensas investigaciones llevadas a cabo por los especialistas de los museos: Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" y de la Plata, permiten trazar un cuadro bastante completo de las características culturales de estos indígenas.

El cultivo de la tierra les proporcionó la base principal de la subsistencia. Como el terreno se prestaba poco para las tareas agrícolas, por los violentos desniveles, el exceso de piedras y las escasas lluvias, los Humahuacas recurrieron a obras especiales que revelan gran ingenio y disciplinado trabajo. En los lugares favorables construyeron andenes de cultivo, que mantenían la tierra vegetal y permitían aprovechar mejor el agua. La topografía del suelo determina las dimensiones de estos bancales, sostenidos por gruesas pircas; los hay de varios cientos de metros de largo y en otros sitios no llegan a diez; igual cosa pasa con su amplitud, es considerable en las partes semillanas mientras que en las laderas abruptas no alcanza a dos metros de ancho. En este último caso suele haber marcado desnivel de un andén a otro, y vistos de lejos parecen graderías, por eso no es raro que se diga en el lugar que allí se reunían los indígenas a escuchar la palabra de sus caciques. Un cuidadoso sistema de acequias, cavadas en la roca o construídas con piedras, repartía el agua de ríos y arroyos sirviendo de complemento a las insuficientes precipitaciones pluviales. Ejemplos sobresalientes de andenes de cultivo pue-

den observarse en El Alfarcito a no mucha distancia del Pucará de Tilcara.

El maíz fué el alimento de capital importancia, al cual hay que agregar patatas y quínoa. El instrumental agrícola de que disponían los Humahuacas se reducía a: palas, cuchillos, azadas, y mazas redondas de piedra y madera, así como palos puntiagudos para hacer el hoyo donde depositar la semilla. Los productos de las cosechas fueron guardados en silos de piedra subterráneos y en grandes ollas de barro cocido.

Otro renglón de la economía de los viejos pobladores lo constituía la ganadería, representada por abundantes rebaños de llamas que daban carne, leche y lana, sirviendo también como animales de carga. La fauna, aunque reducida, no dejó de utilizarse y se cazaron especialmente la vicuña y el guanaco.

Al describir las ruinas del Pucará se ha tratado ya sobre la vivienda indígena; agregaremos algunas nociones para completar el conocimiento. El proceso de edificación de una casa presenta varias fases. Primero se cavaba una zanja para los cimientos que rara vez pasan de los 0.50 mts. de profundidad y un ancho de 0.40 a 0.60 mts.; si se encontraba en la excavación grandes piedras, en vez de sacarlas, se las aprovechaba para afirmar la pirca. La altura exacta que alcanzaban las paredes no es posible fijarla, ya que no se ha encontrado una sola vivienda intacta; en la actualidad, los muros más altos pasan poco los dos metros y no debieron tener mucha mayor altura en la época en que fueron levantados. Una tarea indispensable era la de emparejar el suelo, ya que es difícil encontrar siquiera una pequeña superficie con nivel constante. Unas veces se rellenaba con la tierra sacada de la zanja para los cimientos, como se ha podido comprobar al estudiar las capas durante las excavaciones arqueológicas, otras se rebajaba el piso de la vivienda que se transformaba en habitación semi-subterránea. El piso era el natural de tierra, endurecido por el continuo trajinar de los moradores, es frecuente encontrar algunos rincones solados con lajas.

Los techos fueron de una sola agua, como lo indica la simple observación de los muros aún en pie. Como vigas se usaron troncos o tablas de cardón, encima ramas o cañas y luego un revestimiento de barro y paja que formaba un manto impermeable, procedimiento sumamente práctico que todavía se utiliza para techar los ranchos actuales. Al cavar en las vi-

viendas se distingue fácilmente, como primera capa, los techos derrumbados.

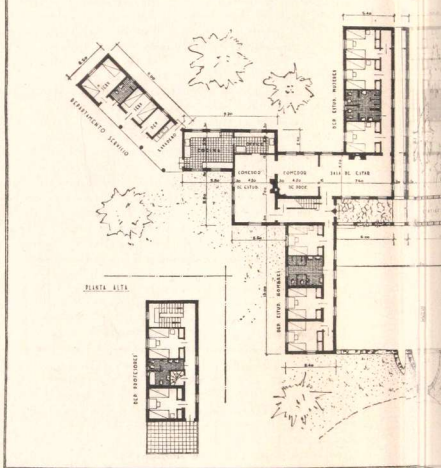
Una característica de las casas es la poca ventilación y luz que debieron tener. Las únicas aberturas que presentan son las puertas, bajas y estrechas; entre los centenares de construcciones estudiadas no se ha señalado la existencia de una sola ventana. Los lados de las puertas están bien delimitados por piedras parejas y grandes lajas que sirven de dinteles y umbrales. Estos huecos fueron tapados tanto con cueros y cortinas tejidas como con verdaderas puertas de madera de cardón sostenidas con tientos de cuero.

Esporádicamente se encuentran viviendas aisladas, pero lo frecuente es que ellas constituyan núcleos urbanos de dos tipos: el pueblo viejo y el pucará. El primero ocupa una situación accesible, cerca de los ríos pero fuera del alcance de sus crecientes, está rodeado de campos de cultivo y como el terreno de que se dispone es amplio las casas aparecen un tanto alejadas unas de otras; típicos poblados de esta categoría son: Alfarcito, Angosto Chico y Coctaca. El pucará o pueblo fortificado ha sido descrito al tratar las ruinas del de Tilcara y sólo cabe señalar que existen otros más imponentes por su altura o por la magnitud de sus murallas de defensa, tales como Campo Morado, Yakoraite y La Cueva.

Reuniendo los datos que proporcionan los escasos restos de tejidos que se han hallado en las tumbas, con los que agregan las representaciones de las pictografías y los que consignaron en sus obras los cronistas, puede afirmarse que en el vestido los Humahuacas no se diferenciaban mucho del resto de los indígenas del noroeste argentino. La prenda principal era una túnica ceñida a la cintura con fajas angostas, en las mujeres llegaba casi a los tobillos y en los hombres era más corta. El material empleado fué lana de llama y de vicuña tejida para formar un paño rectangular que se doblaba y cosía por los lados dejando aberturas para la cabeza y los brazos, sobre los cuales caía como una pequeña manga. Es el característico *uncu* de que nos hablan los autores que tuvieron contacto con los indígenas del tiempo de la conquista. Ponchos con finos flecos y mantas completaban la indumentaria. El calzado consistía en sandalias de cuero sostenidas por tientos del mismo material y que son similares a las *ojotas* que aún se usan.

RESIDENCIA PARA PROFESORES Y ALUMNOS Y MUSEO ARQUEOLOGICO II

PLANTAS Esc. 1/100



Anteproyecto del al

El tocado fué muy variado; las mujeres disponían sus cabellos en una o más trenzas y los hombres los llevaban sueltos, sostenidos con vinchas; usaron plumas de vivos colores tanto aisladas como en penachos y cubrieron la cabeza con gorros tejidos y sombreros de diversas formas. La cantidad de adornos era grande y no despreciaron material alguno; la piedra, el hueso, las nueces silvestres, el bronce, la plata y el oro les sirvieron para hacer cuentas de collar, cascabeles, placas, discos, pectorales, figuras zoomorfas para coser sobre el vestido o llevar colgadas del cuello, brazaletes, anillos, pendientes, etc. La decoración de ciertos vasos antropomorfos indica el uso de la pintura facial o el tatuaje y la deformación del cráneo fué practicada con un fin estético.

Las distintas manufacturas humahuacas alcanzaron importante incremento, como lo prueban los millares de piezas que se guardan en nuestros museos. La cerámica fué la industria predilecta. Buscaban las mejores arcillas y para dar plasticidad a la masa le mezclaban trozos de cerámica o de rocas pulverizados. Desconociendo el torno obtuvieron, sin embargo, vasos de formas perfectas, los cuales fueron cocidos entre capas de excrementos de llama y leña, siendo raras las piezas que salían defectuosas. La decoración predominante es de carácter geométrico, pintada en negro y rojo y con menor frecuencia en blanco; los modelos zoo y antropomorfos no son abundantes. A pesar de existir ejemplares valiosos, la variedad de formas y sobre todo la decoración de la cerámica humahuaca son inferiores a las que presentan otras culturas del noroeste argentino, como la Santamariana y la de los Barreales.

La metalurgia tuvo un desarrollo local, como lo establece el hallazgo de morteros con restos adheridos a sus paredes, que demuestran su empleo para triturar el cobre, así como el encuentro de moldes en que se vertía el mineral fundido para hacer los objetos. Pero la cantidad de piezas que se han extraído de los yacimientos es pequeña; los instrumentos, tales como: punzones, cuchillos, hachas y tumis se fabricaban en bronce, el cual junto con la plata y el oro fueron utilizados, también, para confeccionar adornos: placas y discos pectorales con repujados, brazaletes, anillos, pendientes y topos.

La piedra proporcionó la materia prima para armas, útiles de labranza, y de molienda de los granos y para adornos. De acuerdo a la naturaleza del objeto se empleó un tipo de roca

apropiada: obsidiana, cuarcita, andesita, filita, etc.; siempre que era posible se aprovecharon cantos rodados que mediante golpes con martillos de piedra más dura eran adaptados a la forma que se buscaba y luego retocados y hasta, en ciertos casos, pulidos parcial o totalmente.

Las piezas de madera aparecen muy desigualmente distribuidas en las ruinas quebradeñas, lo que puede explicarse por la distinta antigüedad y condiciones de conservación de las mismas. El hueso, más resistente, figura en los inventarios de todos los yacimientos. La existencia de una industria textil, de la canastería y de la cordelería está probada aunque los restos que han llegado hasta nosotros sean pocos, dada la escasa resistencia de estos materiales a la acción del tiempo. Lo mismo ha ocurrido con las calabazas, usadas como recipientes, que fueron abundantes y bellamente decoradas con motivos geométricos pirograbados, pero por su fragilidad sólo se han conservado contados fragmentos.

Los Humahuacas formaban tribus bajo el mando de un cacique y se aliaban para combatir a los enemigos comunes que intentaban irrumpir en sus tierras. Algunos jefes llegaron a tener gran prestigio y, en tiempos de la conquista, el valiente Viltipoco no sólo encabezó las tribus de la quebrada, sino que obtuvo el apoyo de otros indígenas del noroeste en un esfuerzo para expulsar de la región a los blancos invasores.

En épocas prehispánicas las guerras debieron ser frecuentes, tanto entre las parcialidades Humahuacas como contra los pueblos vecinos. El espíritu belicoso de los quebradeños y sus continuas luchas están revelados por sus pucarás estratégicamente situados y muy bien defendidos por acantilados y murallas escalonadas. En las tumbas, junto a los restos de sus dueños, se han encontrado las armas: arcos con los que arrojaban flechas con punta de piedra o hueso, mazas, hachas que fueron usadas enmangadas en cabos de madera y piedras de honda. Las citas de los cronistas nos muestran su técnica militar. Las campañas se estudiaban en consejos de guerra, se destacaban vanguardias y espías, se preparaban todos los elementos necesarios y no se iniciaba la acción sin previas invocaciones a los ídolos para obtener el triunfo. Al atacar preferían hacerlo por sorpresa y eran hábiles en tender emboscadas. Sobresalían en la lucha defensiva: refugiados en sus fortalezas, con agua y víveres en sus depósitos, resistían fácilmente todas

las acometidas hasta que el enemigo desanimado se retiraba o podía ser destruido mediante un ataque sorpresivo.

Intimamente ligado a la guerra y también a sus creencias se encuentra el uso de los trofeos. Acostumbraban cortar la cabeza de los adversarios más destacados y hacerle perforaciones para poder enarbolarla en una pica o llevarla pendiente por medio de una cuerda. No debió ser una práctica destinada exclusivamente a demostrar el valor del poseedor ni a tomar venganza del enemigo, sino que era, a la vez, una manera de apropiarse de la fuerza mágica del vencido.

La religión de estos pueblos nos es casi desconocida, salvo en lo que se refiere a sus prácticas funerarias. Sabemos que rendían culto a diversos ídolos y que tenían adoratorios en lugares aislados de los cerros; igualmente, en las zonas de viviendas se han hallado construcciones grandes con mesas o altares de piedra; que debieron ser sus templos.

El culto de los muertos está indicado por el cuidado en enterrar los cadáveres y la precaución de colocar a su lado muchos de los objetos de uso personal. Las tumbas de los caciques proporcionan ricos ajuares, las de guerreros abundantes armas y las de mujeres utensilios para hilar y tejer; en todos los casos hay vasos de barro cocido con restos de alimentos y vasijas que tuvieron chicha y agua.

No hay que creer que los únicos contactos de los Humahuacas con los otros indígenas fueran los surgidos de la guerra. Hubo también un cierto intercambio comercial del que pueden citarse algunos ejemplos; de los territorios de la actual Bolivia llegaron: cerámica del tipo Incaico, objetos de metal de técnica superior y la coca; de la Puna: sal, valvas de moluscos del Pacífico, palas de piedra y quizá las tabletas y tubos de madera tallada, cuyos orígenes lejanos habría que buscar en las civilizaciones pre-incaicas; del sur: alfarería, como el magnífico vaso santamariano encontrado en el Pucará; de los valles orientales: maderas y ejemplares típicos de tembetá.

El espíritu artístico de los Humahuacas se concreta en su deseo de embellecer los objetos que manufacturaban. La pintura, el grabado, el modelado y el tallado fueron practicados ampliamente. En las pictografías y petroglifos es donde mejor puede apreciarse su arte; para la pintura rupestre usaron negro, rojo y blanco; los grabados se han hecho por percusión, con instrumentos de bronce y piedra. Las representaciones pre-

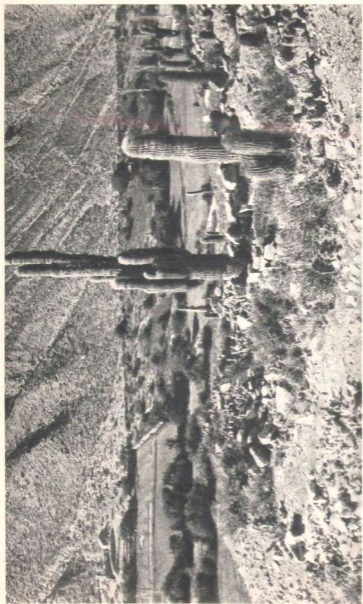




metal. Campanilla y discos de oro; el central con
 serpentiforme. Hacha e instrumentos de bronce.



... de bronce...
 ... de bronce...



Aspecto de uno de los caminos que sirven el faldeo nordeste del Pucará. Fotografía tomada en 1929.



Camino del Pucará despojado de su manto de pencas.
Fotografía tomada en 1950.

dominantes son las de llamas; a veces el animal solo, otras, un grupo o una larga hilera de llamas unidas por una soga que tiene un indígena en sus manos. En Chulín, las figuras humanas aparecen en variadas actitudes, mostrando características de sus vestidos, tocados y armas.

Rápidamente consignados los rasgos salientes de los Humahuacas, es indudable que corresponden a la cultura andina y que recibieron escasos aportes del área chaqueña sobre la cual, a su vez, ejercieron cierta influencia. Los intercambios culturales con otras facies andinas fueron más intensos, en especial su penetración con los pobladores del altiplano.

En conjunto, los Humahuacas se presentan como un núcleo homogéneo, aunque es posible señalar ligeras diferencias entre los yacimientos. Algunos autores han distinguido dos culturas: La Isla y el Pucará; otros anotan que el análisis de la cerámica permite separar varios tipos. Creemos que la calidad y cantidad de elementos comunes son tales que las diferencias existentes no autorizan para hablar de dos culturas. Las discrepancias pueden explicarse por razones cronológicas, dado que según la época en que florecieron los pueblos recibieron una influencia más o menos fuerte de unos u otros de sus vecinos. Los motivos decorativos de la cerámica que facilitan la agrupación de los vasos en varias series sirven para formular valiosas observaciones, pero no para dividir a los Humahuacas en dos culturas. En resumen, creemos en una unidad cultural humahuaca con facies cronológicas que se inician en los tiempos pre-incaicos, coexisten con el imperio e incluso alcanzan la conquista española.

Es de esperar que los estudios a que dará origen la reconstrucción del Pucará aclaren éste y otros problemas; cualquiera que sea el resultado definitivo será bien recibido, ya que adherimos, plenamente, al párrafo final de la monografía de Debenedetti sobre La Isla que dice: "Las modificaciones que pueden sufrir nuestros juicios serán consecuencia de las investigaciones, que siguiendo un plan establecido, se practiquen, en lo sucesivo, modificaciones que en los progresos de nuestra prehistoria, ni alarman ni apagan los entusiasmos de los que se afanan por la restauración del pasado caótico".

5. — LA RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ

Corría Enero de 1910 y por tercera vez consecutiva el Pucará era investigado por los estudiosos del Museo Etnográfico. Bajo la dirección del sabio Ambrosetti, Debenedetti, su discípulo y más tarde eficiente continuador de su obra, iniciaba las tareas de excavaciones en el faldeo N. E. En años anteriores se había trabajado con gran éxito en los barrios del sur y del oeste, ahora seguían las búsquedas en una zona de aspecto caótico en la que apenas se vislumbraban restos de pircas semi-sumergidas en un manto de pencales y arbustos espinosos.

Relata Debenedetti que al comienzo de las tareas el medio se presentaba tan hostil y el aspecto de las ruinas era tan miserable que presentía un resultado muy pobre. Desechando el desaliento, abordó resueltamente el trabajo y poco a poco fueron apareciendo los vestigios de importantes construcciones y las tumbas con sus variados ajuares. A medida que se avanzaba en las investigaciones era más fácil apreciar el poderoso e inteligente esfuerzo de los viejos habitantes del Pucará y fué en esos momentos "cuando surgió en nosotros, de improviso, la idea de restaurar las ruinas de la antigua población, al menos en aquella zona. Quedó convenido, entonces, con el doctor Ambrosetti, su inmediata realización. Era la primera vez en nuestro país que iba a procederse a la restauración parcial de una ruina".

La reconstrucción, limitada a una parte de las ruinas y concretada, exclusivamente, a levantar las paredes y limpiar los caminos, se llevó a cabo con pleno éxito. Durante varias semanas y con abundante mano de obra, se operó en una fracción de unos 2.000 m². que abarca parte de cuatro terrazas ascendentes; los hábiles pircadores criollos reedificaron unos 400 m. de murallas, empleando los mismos materiales que habían pertenecido a los antiguos muros de contención y a las viviendas indígenas. Todavía hoy, cuarenta años después de haberse hecho los trabajos y sin que se hayan tomado medidas para conservarlos, se aprecia fácilmente la diferencia entre esta zona y el resto de las ruinas; las viviendas bien delimitadas, con sus pircas que se elevan a un par de metros, mostrando los huecos de las puertas, los muros defensivos estratégicamente dispuestos, los sepulcros con sus fauces abiertas como si esperaran los fúnebres despojos, los caminos que aún no han vuelto

a tapar completamente las pencas, contrastan, vigorosamente, con el aspecto desolado de las otras partes de la fortaleza. Limitada en su extensión y en sus elementos, ya que no se intentó techar los recintos, esta restauración fué un meritorio y extraordinario esfuerzo que hace acreedores a quienes participaron en él de toda la gratitud de los estudiosos y de los millares de visitantes que en estas cuatro décadas han llegado al Pucará.

Pasó el tiempo, Ambrosetti en pleno vigor intelectual y físico falleció en 1917 y Debenedetti sin abandonar sus proyectos debió dejarlos para época propicia. En 1929, al resolverse a iniciar la publicación de las investigaciones en el Pucará, consideró que había llegado el momento de volver a su acariado proyecto de restauración. En ese verano, en el cual trabajamos bajo su experta dirección en las excavaciones y mediciones complementarias del Pucará, muchas veces oímos de sus labios las explicaciones sobre lo que se proponía hacer; ahora, sus ambiciones eran mayores que en 1910 y soñaba con la total reconstrucción arquitectónica de las ruinas y por ello intensificó sus estudios sobre la red de caminos y la forma en que fueron techados los recintos.

Planes tan vastos no eran realizables con los medios de que el Museo Etnográfico podía disponer, por eso Debenedetti necesitaba ayuda, sobre todo recursos económicos. Para hacer comprender a los círculos del Gobierno y al público en general la conveniencia de emprender la magna obra editó el folleto "Restauración del Pucará". En los ambientes científicos sus proyectos fueron francamente apoyados, La Facultad de Filosofía y Letras estaba dispuesta a prestar toda su colaboración, los diarios comentaron elogiosamente la iniciativa y en el Parlamento, el diputado nacional ingeniero José Barbich, presentó un proyecto de ley para invertir la suma de trescientos mil pesos en la reconstrucción del Pucará de Tilcara.

Todo anunciaba que al fin amanecería el día jubiloso en que los problemas serían resueltos y la restauración comenzaría, pero el 1º de Octubre de 1930, cuando sólo contaba cuarenta y seis años de edad, Debenedetti moría en el viaje de regreso desde Europa a donde había ido como representante de la Argentina al XXIV Congreso Internacional de Americanistas. La muerte del ilustre arqueólogo cerró un nuevo capítulo de la historia de la restauración del Pucará y dejó frustradas las esperanzas de su próxima realización.

Nuevamente corrió el tiempo y luego de casi otros veinte años hemos tenido la suerte de poder hacer revivir el viejo proyecto. Siempre consideramos como un compromiso de honor continuar la obra que quedara trunca, pero recién hallamos ambiente y circunstancias favorables para una nueva tentativa hace un par de años. En 1948, al confiársenos la cátedra de Arqueología Americana, que ilustraron Ambrosetti y Debenedetti, creímos llegado el instante de actuar. Consultado nuestro gran amigo el Dr. José Imbelloni, Director del Instituto de Antropología al que se halla incorporado el Museo Etnográfico, nos prometió su pleno apoyo y juntos hicimos gestiones ante el entonces Interventor en la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Enrique François, quien las recibió con el mayor entusiasmo, las hizo suyas y en todo momento prestó preferente atención al asunto.

La primera diligencia consistió en tratar de obtener la propiedad de los terrenos en que se hallan las ruinas y de una parcela vecina en la cual edificar un Museo, ya que es indispensable completar la restauración con la exhibición adecuada de los elementos característicos de la arqueología humahuaca. Las ruinas estaban en terrenos fiscales de la provincia de Jujuy y su Gobernador, el ingeniero Don Alberto J. Iturbe, era la persona más indicada para recibir, complacido, el pedido de donación de la importante zona. Profundo conocedor de toda su provincia y entregado de lleno a la magna tarea de hacerla progresar en todos sus aspectos y a pasos agigantados, comprendía el significado de la empresa que la Facultad deseaba llevar a buen fin. Las investigaciones en el Pucará y la obra de quienes a ellas habían dedicado sus afanes no le eran extrañas y ya en 1945 había prestado su completa y desinteresada colaboración para efectuar las obras complementarias del monumento a Ambrosetti y Debenedetti. Bajo tales auspicios la nota oficial tuvo rápido trámite y se dictó la ley provincial que reproducimos al final de este folleto.

Un representante de la provincia de Jujuy, el señor diputado nacional profesor Don Teodoro Saravia, presentó pocos días después a la Honorable Cámara dos proyectos de ley, debidamente fundados, por los cuales se acordaba a la Facultad de Filosofía y Letras la suma de doscientos mil pesos anuales con destino a la restauración de las ruinas y trescientos mil para la construcción y habilitación del Museo. Por desgracia,

estos proyectos no tuvieron sanción y en la actualidad han caducado.

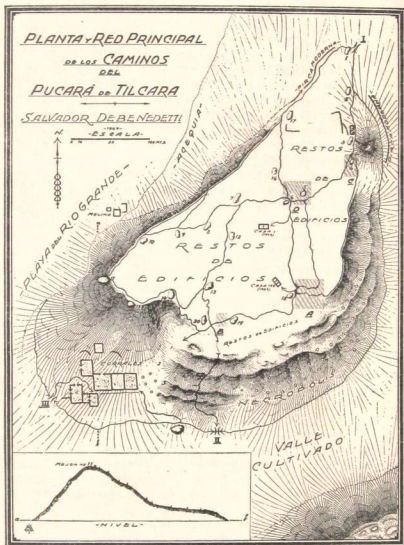
A fines del año 1949 se eligieron las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras. El nuevo Decano, profesor Don Federico A. Daus, tomó con sumo empeño este asunto y con el Consejo Directivo dieron gran impulso a los trámites sobre el Pucará. De acuerdo a dichas gestiones se nombró una Comisión, presidida por el profesor Daus, a fin de que se trasladara a Tilcara para tomar posesión de las tierras donadas. A su regreso, el Consejo Directivo dictó una Resolución creando el Museo del Pucará, según puede verse en las últimas páginas de este folleto, en las que también se consignan el Acta de traspaso del dominio y las palabras del Decano al hacerse cargo del Pucará. A partir de ese momento la Facultad, propietaria de las tierras en que se encuentran las ruinas, podía iniciar las tareas que deben permitirle llevar a la práctica sus propósitos.

Estos proyectos abarcan tres aspectos distintos, pero complementarios, que son los siguientes:

1. — La restauración de la antigua población.
2. — La instalación de un Museo Arqueológico Regional.
3. — La habilitación de una Residencia.

El primer proyecto es el más importante y ya se ha expresado como surgió en la mente de Debenedetti y el caluroso apoyo que le diera Ambrosetti. Limitado en su origen al levantamiento de las pircas, fué luego concebido como una reconstrucción arquitectónica completa. En la actualidad tenemos la idea de dividir la ruina en diversos sectores, de acuerdo a las posibilidades que presenten. La principal preocupación es que la restauración se haga sólo en las construcciones cuyos restos permitan una clara identificación de sus condiciones primitivas, las que no ofrezcan estas seguridades deben dejarse como están y servirán como contraste para apreciar la obra del tiempo.

Se imponía tomar medidas previas a las tareas de restauración: para impedir que se destruyan intencionalmente las pircas o se exploten clandestinamente los yacimientos, para despejar los recintos del manto de pencales que dificultan su observación y para obtener un minucioso relevamiento de las ruinas. A tales efectos se ha designado Conservador del Pucará, con carácter "ad honorem", al farmacéutico Don Leonardo



Plano de distribución de caminos y zonas arqueológicas de especial interés en el Pucará de Tilcara; publicado por el Dr. Salvador Debenedetti en su obra: Las ruinas del Pucará. Tilcara. Quebrada de Humahuaca. (Provincia de Jujuy). Buenos Aires, 1930.

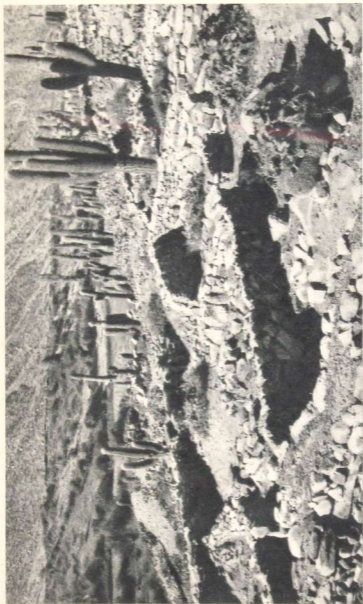
Pereyra, destacado vecino de Tilcara, nombrándose además un cuidador con estrictas instrucciones de evitar las excavaciones y de ir paulatinamente limpiando de vegetación las viviendas y los caminos. Existen algunos croquis generales y parciales levantados, en distintas épocas, por Ambrosetti, Debenedetti y por nosotros, así como una gran cantidad de fotografías de conjunto y de detalles que serán auxiliares preciosos; pero no considerando suficientes estos elementos y para tener una base más exacta, se ha pedido la colaboración del Instituto Geográfico Militar y de la Dirección General de Industria Minera del Ministerio de Industria y Comercio. Las dificultades de orden económico que dicha cooperación presentaba han sido salvadas por el señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, arquitecto Don Julio V. Otaola, que ha demostrado siempre profundo interés por la obra del Pucará y procurado subsanar los inconvenientes que oponían los magros recursos de la Facultad. Por primera vez en el país se recurrirá a los métodos modernos que tanto éxito han tenido en el estudio de los monumentos arqueológicos en otras partes del mundo. El Instituto Geográfico Militar, la gran repartición que honra a la nación, realizará el relevamiento aerofotogramétrico y sus aviones fotografirarán una zona de 9 Km² en escala 1:5.000, lo cual permitirá trazar los planos generales correspondientes. Por su parte, la Dirección General de Industria Minera ha destacado al topógrafo señor José Luis Alegria, que se encuentra ya en Tilcara haciendo el levantamiento directo de planos parciales de los núcleos de viviendas. Tenemos la fundada esperanza de que en el transcurso del corriente año sean terminados estos trabajos preliminares.

Vendrá entonces la segunda parte: la tarea de restauración, que en base a los conocimientos ya expuestos sobre la cultura humahuaca y especialmente sobre las características de los indígenas del Pucará, responderá a la más estricta realidad. Las viviendas, con sus habitaciones principales y accesorias, los caminos y plazoletas, las murallas de defensa, los corrales de llamas y el conjunto del pueblo recobrarán su antiguo esplendor. Considerando también el valor educativo que ello puede tener, se ha pensado agregar a la reconstrucción arquitectónica la de todos los elementos posibles del pasado indígena; así, en su ambiente típico se dispondrían representaciones escultóricas de indígenas, a tamaño natural, con sus vestidos y adornos,

entregados a las tareas habituales: tallar y pulir sus instrumentos de piedra, aderezar armas, hacer vasijas de barro cocido, moler el maíz, preparar su comida o la chicha, hilar y tejer lana, cargar sus llamas y otros muchos quehaceres de la vida cotidiana. Creemos que de esta manera el Pucará será un foco de atracción no sólo para los especialistas y estudiosos sino también para los muchos turistas que en los meses de verano llegan a Tilcara, así como para los alumnos de las escuelas que podrán obtener útiles conocimientos sobre el pasado remoto en una agradable excursión a la vieja fortaleza indígena.

La instalación de un Museo Arqueológico Regional es el lógico complemento de la restauración del Pucará. En ese Instituto se exhibirán, con criterio científico, parte de los materiales extraídos de la ruina y también piezas que fueron halladas en otros yacimientos que son altos exponentes de la cultura humahuaca. Las grandes series de que dispone el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, que sólo en mínima proporción pueden ser presentados al público de Buenos Aires por lo exiguo de las salas de su edificio de la calle Moreno 350, facilitarán todas las colecciones que se requieran sin que ello, amengüe, mayormente, el valor de tan extraordinario repositorio. En estos momentos se ha iniciado con la dirección técnica del arquitecto don Jorge Raúl Spika, profesor de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, el estudio de un anteproyecto de planos para la construcción del Museo del Pucará que, a pesar de sus reducidas dimensiones, estará dotado de todos los elementos que caracterizan a los modernos edificios de este género. El Museo contará con el personal necesario, no sólo para atender sus tareas específicas sino también las de conservación de los trabajos de restauración y para colaborar en la investigación arqueológica de la Quebrada según las directivas de los especialistas de la Facultad.

Corresponde al profesor Daus, actual Decano de la Facultad, el honor de haber concebido el proyecto de fundar un centro de estudios regionales que abarcará el mayor número posible de materias. Como es indispensable que las investigaciones estén basadas en trabajos sobre el terreno, es necesario tener una base local y la circunstancia de poderse disponer de un lugar apropiado en las vecindades del Pucará ha hecho que el profesor Daus pensara en la conveniencia de construir y habilitar una Residencia para los profesores y alumnos que



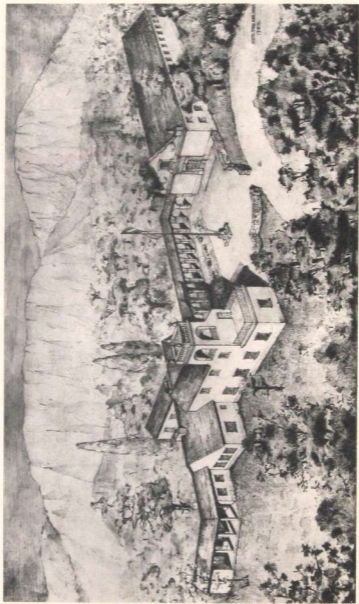
Aspecto de la zona del Pucará cuyas pircas fueran, en parte, restauradas en 1910. Fotografía tomada en 1950.



Reconstrucción de un aspecto de la vida indígena en el Pucará. Plástico a tamaño natural que se exhibe en el Museo Etnográfico. Modelado por Eduardo Ríos, Proyecto y dirección de Eduardo Casanova.



Aspecto de los terrenos al pie del Pacará, en que se construirán el Museo y la Residencia.



Perspectiva de la Residencia para profesores y alumnos y Museo Arqueológico en el Puerto Antioqueño.

efectuarán dichos estudios. Con el fin de apresurar el momento en que puedan ponerse a trabajar y hasta tanto se construya un edificio adecuado, cuyos planos tiene también a estudio el arquitecto Spika, se ha resuelto refaccionar una vieja casa existente al pie del Pucará, de manera de utilizar, a partir del próximo año, siquiera sea ese provisorio refugio. El porvenir dirá qué desarrollo alcanzará este magnífico proyecto, pero a nadie escapará que mucho hay que investigar en la región en el campo de la antropología física, la geografía, la historia, el folklore, la sociología y en el de muchas otras ciencias.

En cuanto al anteproyecto del Museo y de la Residencia, que con total desinterés ha preparado el arquitecto Spika, damos a conocer una perspectiva y la planta, para que pueda observarse cómo se han previsto todas las necesidades mínimas del primer momento, dejando margen para las futuras ampliaciones y encuadrando el conjunto, formado por el Museo y la Residencia, en un clásico estilo colonial, que se ha considerado como el más indicado para la región.

Hemos presentado los antecedentes capitales de la obra que la Facultad de Filosofía y Letras tiene el firme y decidido propósito de realizar, así como los primeros pasos que se han dado en el largo camino por el cual se llegará a ver cumplidos tan nobles fines.

Pero, es preciso decirlo, la meta está lejana y los obstáculos de la ruta son muchos. Las tareas y especialmente los recursos económicos que ellas requieren son tantos que no es conveniente que la Facultad afronte sola el compromiso. Es indispensable la cooperación de todos: Gobierno nacional y provincial, instituciones y particulares; con tal ayuda las más graves cuestiones resultarían fáciles de resolver y la empresa adelantaría a pasos agigantados. En cambio, reducida a sus propios medios, la Facultad no abandonará la lucha pero, aún a costa de los mayores sacrificios, sólo podrá avanzar muy lentamente, ocupándose de parte de los problemas y dejando de lado muchos asuntos interesantes para cuando sea posible atenderlos.

En un país como el nuestro, pletórico de energías y riquezas, cuyos hombres están animados del mayor deseo de ver engrandecerse a la patria, tanto en los aspectos espirituales como materiales, no puede faltar la ayuda necesaria y es confiando en la colaboración de todos que se han iniciado los trabajos en el Pucará de Tilcara.

DONACIÓN DE LAS TIERRAS DEL PUCARÁ

S. E. el señor Gobernador de la Provincia de Jujuy, ingeniero Don Alberto Iturbe, envió un mensaje a la Honorable Legislatura de la Provincia que el 27 de agosto de 1948 lo convirtió en la ley 1.903, promulgada por el Poder Ejecutivo el 31 del mismo mes y año. El texto legal es el siguiente:

- “Art. 1.— Autorízase al Poder Ejecutivo a donar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, los terrenos que constituyen las ruinas del Pucará de Tilcara y las tierras bajas circundantes, con destino a la reconstrucción del mismo y habilitación de un museo.
- Art. 2.— Declárase de utilidad pública y sujetas a expropiación, las tierras bajas circundantes al Pucará de Tilcara en la medida que el Poder Ejecutivo considere necesario para el mejor cumplimiento de los fines especificados en el artículo anterior.
- Art. 3.— Comuníquese al Poder Ejecutivo, etc.”.

LA UNIVERSIDAD ACEPTA LA DONACIÓN

El señor arquitecto Don Julio V. Otaola, Rector de la Universidad de Buenos Aires y en aquel entonces Viceinterventor Nacional de la misma, dictó la Resolución N^o 351, de fecha 21 de Diciembre de 1948, que expresa:

- “Art. 1.— Acéptase con destino a la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad la donación de los terrenos que constituyen las ruinas del Pucará de Tilcara y las tierras bajas circundantes, autorizada por Ley 1.903 promulgada por el Gobierno de la Provincia el 31 de agosto último, para la reconstrucción del mismo y habilitación de un museo, agradeciendo al señor Gobernador la donación mencionada.
- Art. 2.— Regístrese, comuníquese, publíquese, tome razón la Contaduría y archívese”.

TOMA DE POSESIÓN DEL PUCARÁ DE TILCARA

El señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, arquitecto Don Julio V. Otaola, por resolución de fecha 16 de Diciembre de 1949, designó una Comisión, presidida por el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, profesor Federico A. Daus, e integrada por los profesores Jorge Raúl Spika, Eduardo Casanova y Héctor H. Schenone, para tomar posesión de las tierras donadas por la Provincia de Jujuy.

La Comisión se trasladó a la Capital de la Provincia y luego, en compañía de S. E. el señor Gobernador, ingeniero Alberto J. Iturbe, y de altas autoridades provinciales, pasó a Tilcara, efectuándose un sencillo y emotivo acto frente al monumento a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti, en las ruinas del Pucará de Tilcara. Ante los representantes de la Provincia de Jujuy, los de la Universidad de Buenos Aires y de un numeroso y calificado público se leyó y firmó el acta de transmisión de dominio cuyo texto se da a continuación.

T E S T I M O N I O

“NUMERO CIENTO SIETE: Acta de entrega de varias fracciones de terreno por parte del Gobierno de la Provincia de Jujuy, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En el pueblo de Tilcara, Capital del Departamento del mismo nombre, Provincia de Jujuy, a los diez y ocho días del mes de Diciembre de mil novecientos cuarenta y nueve, siendo horas once y treinta, el Escribano de Gobierno autorizante, conjuntamente con su Excelencia el señor Gobernador de la Provincia, Ingeniero Don Alberto J. Iturbe, su Excelencia el Sr. Vice Gobernador Ing. Juan José Castro, Su Señoría el señor Ministro de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública Doctor José H. Martiarena e interinamente a cargo de la cartera de Hacienda, el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires Doctor Federico A. Daus, constituidos todos los nombrados en el lugar denominado “Ruinas del Pucará de Tilcara”, Su Excelencia el señor Gobernador, en virtud de la Ley Provincial número mil novecientos tres y del Decreto número siete mil setecientos ocho, H. de fecha diez y seis del corriente mes y año dictado

por el Poder Ejecutivo, las que forman parte integrante de la presente; procede por este acto, a poner en posesión de los terrenos expropiados e individualizados por Decreto número cuatro mil cuatrocientos sesenta y uno, letra H, de fecha primero de enero del corriente año, que también forma parte integrante de la presente, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires representada en este acto por el señor Decano de la misma Doctor Federico A. Daus, quien en nombre y representación de dicha Facultad, se da por recibido, tomando de inmediato posesión material de la presente. Leída que fué, ratificaron su contenido y en prueba de ello, firman con los testigos del acto señores don Ciro F. Barrientos y don Francisco Giménez, de este vengindario, hábiles, de mi conocimiento, doy fe. E. Líneas: Su Excelencia el Sr. Vice Gobernador Ing. Juan J. Castro. — Vale. Sigue a la número ciento seis que no pasó. A. J. Iturbe, Gobernador; Juan José Castro, Vice Gobernador; Federico A. Daus, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires; José H. Martiarena, Ministro de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública e Interino de Hacienda; E. Casanova, H. H. Schenone, J. R. Spika, F. Giménez, Ciro F. Barrientos, A. M. Palisa, José Luscher. Hay una firma ilegible. Ante mí: Elías Yapur. Escribano de Gobierno. Hay un sello”.

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD

Rubricada el acta, el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Profesor Don Federico A. Daus, pronunció las siguientes palabras:

“Excmo. Señor Gobernador:

Excmo. Señor Vice Gobernador:

Señor Ministro de Gobierno:

Señor Intendente de Tucumán:

Señoras y Señores:

Por especial comisión del señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, me corresponde el particular honor de tomar posesión para la Facultad de Filosofía y Letras de este legendario solar del Pucará, que Jujuy ha donado, con un gesto que

enaltece a las autoridades de esta provincia. Por ello, debo rendir ante todo el testimonio del agradecimiento más alto, de la Universidad porteña y de la Facultad que represento hacia esas autoridades, legislativas y ejecutivas y en forma particular al señor Gobernador, Ingeniero don Alberto J. Iturbe, a cuyo nervio dinámico y a cuyo celo por el esplendor de Jujuy y de las joyas de su pasado, se debe que pueda encararse la obra magnífica de la reconstrucción del Pucará de Tilcara, que vendrá como corolario de su transmisión a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Varios son los títulos granjeados por la Facultad de Filosofía y Letras para haber merecido la donación que se le ha hecho. Se vinculan ellos con la obra de investigación científica y reconstrucción del pasado, que sus misiones arqueológicas cumplieron en años anteriores, al desentrañar por vez primera con propósitos de estudio, los misterios legendarios de estas ruinas, reliquia viviente en su augusta soledad, de la vida de los pobladores precolombinos de esta maravillosa quebrada de Humahuaca. En esta misma colina, hace varios decenios, el sabio arqueólogo Juan B. Ambrosetti, primer director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras y profesor de arqueología de la misma, rasgó el velo que por muchos siglos había cubierto a las ruinas, desde que desaparecieron sus últimos moradores y el tiempo comenzó a demoler lo que fué una brillante ciudad y fortaleza. El mismo amor a la tierra y a sus rasgos pretéritos, trajo con él a otro erudito arqueólogo, el doctor Salvador Debenedetti, también director del Museo Etnográfico y catedrático de la Facultad, el cual continuó los estudios en los que fué acompañado, posteriormente, por el doctor Eduardo Casanova, a quien supo transmitir el santo ardor por tales investigaciones. De sus estudios ha nacido el propósito de reconstruir el Pucará, para mostrarlo al asombro de los caminantes, tal como fué cuando los valientes humahuacas tenían en él su morada y fortaleza. De aquellas eruditas investigaciones en estas ruinas ha surgido la posibilidad de saber cómo estaban dispuestos y construídos los singulares recintos. Aquí surgirá, mediante la perita dirección de los técnicos de la Facultad de Filosofía y Letras la imagen rediviva de lo que fué fortaleza indígena antes que las sombras del abandono y la destrucción cubrieran con su pátina estas piedras milenarias. Así habrán de verse las anti-

guas moradas y edificios reconstruidos como un nuevo milagro, para que las glorias de sus desaparecidos propietarios vengan a poblar el Pucará de Tilcara, ilustre entre todas las ruinas de América. Será ésta, por añadidura, Dios mediante, la primera ruina prehispánica reconstruida en suelo argentino. La Facultad proyecta igualmente erigir en este solar un Museo del Pucará y eventualmente una Residencia para que los profesores y estudiantes argentinos puedan concurrir a este privilegiado sendero jujeño, a admirar la eternidad de las glorias del pasado y la excelsitud de la belleza de esta quebrada de Humahuaca y a desentrañar sus misterios naturales y su viviente realidad humana.

Ha querido el designio que un gobernador afanoso por el bienestar espiritual y material de su pueblo, como es el ingeniero don Alberto J. Iturbe, haya asociado su gobierno a una obra de tan hondo significado y en nombre de la Universidad de Buenos Aires me honro en proclamarlo ante los ciudadanos de Tilcara aquí reunidos, que han de ver muy pronto resurgir las piedras del Pucará de su centenario olvido”.

Consumada la toma de posesión, la Comisión realizó en Tilcara algunas gestiones, que luego fueron proseguidas por el Dr. Eduardo Casanova en un nuevo viaje, a los efectos de dejar claramente establecidos los derechos y propósitos de la Facultad ante los ocupantes de una parte de las tierras. Igualmente se colocaron mojones marcando los límites de la propiedad y carteles con indicaciones, disponiéndose la reparación de pircas y caminos. Prestóse especial atención al estudio de las características de las zonas que rodean a las ruinas, con el fin de proyectar su adecuada utilización dentro de los planes generales que la Facultad desarrollará a la mayor brevedad posible y como complemento de la reconstrucción del Pucará.

CREACIÓN DEL MUSEO DEL PUCARÁ

Resolución aprobada por el Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en su sesión extraordinaria del 23 de Diciembre de 1949. Presentó e informó el proyecto correspondiente al señor Decano de la Facultad, profesor Don Federico A. Daus.

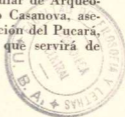
“VISTO que el Gobierno de la Provincia de Jujuy ha donado por Ley 1.903, los terrenos en que se hallan las ruinas del Pucará de Tilcara y las tierras bajas circundantes, con destino a la reconstrucción del mismo y habilitación de un museo y CONSIDERANDO: que el solar cedido posee, además de gran valor arqueológico, condiciones de amplitud y ubicación geográfica que lo hacen apto para la instalación de un centro de estudios regionales etnográficos, históricos y geográficos, el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras

RESUELVE:

- Art. 1.— Crear el Museo del Pucará de Tilcara en el solar donado por el Gobierno de la Provincia de Jujuy.
- Art. 2.— Encomendar al Decano que arbitre las medidas necesarias para iniciar la reconstrucción del Pucará y la construcción y organización del museo y de la residencia que servirá de base para estudios regionales.
- Art. 3.— El Museo quedará bajo la dependencia directa del Decano, hasta tanto se logre la organización correspondiente que lo ponga en funcionamiento en su faz puramente técnica.
- Art. 4.— Regístrese, comuníquese y archívese.”

DESIGNACIÓN DE ASESOR

Con fecha 5 de Mayo de 1950, el señor Decano, profesor Don Federico A. Daus, designó al profesor titular de Arqueología Americana en la Facultad, Dr. Eduardo Casanova, asesor, “ad honorem”, en las tareas de reconstrucción del Pucará, organización del Museo y de la Residencia que servirá de base para estudios regionales.



~~XXXXXXXXXX~~ FL704-2-19



* 4864*

Oficial
15-3-51

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
VIAMONTE 430

Decano
FEDERICO A. DAUS

Vicedecano
FRANCISCO NOVOA

Consejeros:
CARLOS JOSÉ BIEDMA, JUAN E. CASSANI, RAÚL HÉCTOR CASTAGNINO,
JOSÉ R. DESTÉFANO, ALBERTO FREIXAS, LUIS FELIPE GARCÍA DE ONRUBIA,
FRANCISCO GONZÁLEZ RÍOS, ANTONIO ERNESTO SERRANO REDONNET,
RODOLFO J. R. M. TECERA DEL FRANCO.

Secretario:
ROBERTO COMBETTO

Prosecretario:
NICOLÁS J. M. BECKER

INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA

Director: JOSÉ IMBELLONI

Secciones de Antropología y Etnología: (Anexas a la dirección
del Instituto).

Sección de Arqueología, director: EDUARDO CASANOVA.

Prehistoria: Adscripto, profesor extraordinario OSVALDO F. A. MENGHÍN.

20